

EL HAMBRE Y LA VIVIENDA

ALICIA ALAMO BARTOLOME

La Dra. Alicia Álamo Bartolomé es arquitecto y trabaja en la Fundación "Vivienda Popular", que es una de las fórmulas más eficaces para resolver el grave problema de la escasez de la vivienda en nuestro país. Sus sencillas reflexiones sobre el hambre y la vivienda, en la campaña contra el hambre promovida por las damas de Acción Católica, son una magnífica base de reflexión y centran el problema que adquiere proporciones dramáticas en un país como Venezuela, en el que sólo falta una resolución rápida y eficaz para encararlo y remediarlo.

NOTA DE LA REDACCION

Introducción

He sido invitada por la Unión de Mujeres de Acción Católica para participar en la Campaña contra el Hambre, que en Venezuela se inicia también como consecuencia y suma a una gran campaña mundial.

La campaña establece que la humanidad de hoy padece de tres grandes hambres:

Hambre de pan,
Hambre de cultura
y Hambre de Dios.

No hay duda de que dentro de estos tres grandes capítulos del hambre se resumen los grandes problemas del hombre. Ya que el ser humano es esa unidad de cuerpo y alma y debe realizarse en este mundo de acuerdo a la dualidad de su naturaleza.

Si el hombre sólo fuera materia, su hambre sería sólo de pan, pero ya lo dice el Evangelio: "No sólo de pan vive el hombre...". Porque el hombre tiene una inteligencia y un alma. Por su inteli-

gencia tiene hambre de cultura y por el destino de su alma tiene hambre de Dios.

Es, pues, muy amplio el campo para analizar las causas, manifestaciones, consecuencias y soluciones de esta hambre universal. No hay duda de que en todo influye, en todo engendra problemas y en cada uno de estos problemas hay que buscar el cauce de una solución.

Yo soy especialista en vivienda, en esa vivienda económica que es meta fundamental para el equilibrio de vida del pueblo venezolano, como para otros pueblos del planeta. Como tal, he sido invitada a participar en esta campaña. Debo exponer mi criterio en cuanto a las interrelaciones del hambre y la vivienda.

1) La vivienda y el hambre de pan.

Entre las necesidades materiales del hombre están, en primer lugar, el alimento y la vivienda. Es decir, éstos son requerimientos mínimos

para que se mantenga la vida; tanto es así que el último ser humano —desde un punto de vista económico—, es decir, aquel que tenga la entrada económica mínima posible, debe distribuirla para alimentarse y para guarecerse. Y encontramos el tristísimo caso de seres humanos que sólo alcanzan, con el dinero que pueden conseguir, a procurarse un mínimo de alimentos para sobrevivir. En cuanto a vivienda se tienen que valer, para lograrla, no ya de lo que el dinero les puede dar, sino de su ingenio para acomodarse debajo de un puente, o elaborar un remedio de vivienda con materiales de desperdicio o aprovecharse de una alcantarilla abandonada para improvisarse una casa. Es triste, pero es la realidad de muchos en el mundo, de muchos compatriotas nuestros que encontramos a nuestro alrededor, sin que todavía muchos de nosotros hayamos visto el problema como cosa propia, y lo es. El que más o el que menos es deudor de esta humanidad sin vivienda, porque la solución de este problema no se consigue porque lo encaren instituciones oficiales o privadas solamente. Es necesaria una acción conjunta de la sociedad, y ésta debe tomar conciencia de que no es justo, ni humano, que muchos de sus miembros estén restados a la marcha del progreso por sus infimas condiciones de vida.

Hay estratos sociales con un salario que aparentemente les permite cubrir sus necesidades de casa y comida; pero cuando uno se adentra en el estudio de la vivienda, se da cuenta de que hay miles de familias que deben destinar un porcentaje muy alto de sus entradas para pagar el alquiler de una vivienda y lógicamente, les queda muy poco para alimentarse y vestirse. Esta gente tiene hambre, hambre de pan muy real y apremiante, aunque vivan bajo las cuatro paredes y el techo de una casa. Por eso, los que estamos especializados en vivienda popular, buscamos con empeño la posibilidad de una casa que pueda ser adquirida con un desembolso mensual no mayor del 25 por ciento del salario. Y el problema es mucho más difícil de lo que parece, porque no se trata sólo de construir una vivienda, sino de locali-

zarla en lugar urbanizado, en los centros poblados donde hay fuentes de trabajo y todos los costos de terreno, urbanismo y servicios inciden en el valor de la casa. Hasta ahora, desde un punto de vista técnico, resulta casi imposible, en nuestro medio, lograr dar una casa racional y humana a una familia con un ingreso menor de Bs. 600 al mes. ¿Se dan cuenta? Hay miles de familias con ingresos mensuales, cuando los tienen, muy por debajo de esto. Estas familias tienen hambre, hambre de pan. Si se cobijan no comen, si comen no se cobijan adecuadamente, que es lo que sucede. Su problema no se debe pretender solucionarlo con beneficencia, no, eso es degradarlos más. Se les debe dar categoría de seres productivos con trabajo bien remunerado. Así el problema no es de vivienda en sí, cuanto de planificación económica, explotación racional de las riquezas naturales, y creación de industrias para que haya fuentes de trabajo.

2) La vivienda y el hambre de cultura.

¿Cómo educar sin los requerimientos mínimos sanitarios? ¿Cómo enseñar aseo, pulcritud, modales, cuando no hay un chorro de agua limpia para lavarse las manos? Hay gente, dentro de nuestra propia capital, venido de provincia adentro, que ni siquiera conoce los artefactos sanitarios. Les contaré un caso y perdonenme la crudeza, pero a veces es necesario tener crudeza para hacer ver los problemas. El organismo en el cual trabajo vendió una casita mínima, en los alrededores de Caracas, a una familia. A los pocos días nos vinieron a decir que no podían vaciar el excusado. Supusimos que estaba descompuesto, como es natural y fuimos a revisarlo. Estaba en perfectas condiciones, pero ellos no sabían que había que darle a la manecilla para hacerlo funcionar. En otras casas, en urbanizaciones recién construidas y habitadas en el interior de país, nos encontramos con que los niños de algunas familias van a hacer sus necesidades al monte porque le tienen miedo a los aparatos sanitarios. ¿Se dan cuenta? Muchos compatriotas nuestros tie-

nen hambre total de cultura porque no han tenido hasta ahora ni siquiera una mínima vivienda adecuada que les permita adquirir hábitos de civilización, una vivienda que los inicie en el abc de la cultura, pues acaso ésta comience por la higiene personal que va a evitar por lo menos, la enfermedad.

Y no es sólo el problema sanitario del agua, existe otro con implicaciones no sólo para la salud del cuerpo, sino la del alma. El problema del hacinamiento. En los ranchos viven familias completas y hasta compuestas, es decir, más de una familia, en un solo ambiente. Allí se realiza la vida, con todo lo que significa vida: nacer, crecer, multiplicarse, morir. Los niños presencian todos los acontecimientos de esta vida. No hay separación de sexos, no se puede enseñar ni aprender el pudor, que es una de las señales primarias de la civilización.

Entonces podemos concluir que sin vivienda adecuada hay hambre de cultura.

3) La vivienda y el hambre de Dios.

No hay duda de que Dios está en todas partes y en estos ranchos o remedos de viviendas, también está Dios. Un Dios misericordioso para esos pobres seres, a los cuales El le tomará menos cuenta de sus fallas morales, que a los que vivimos mejor. Pero si está presente en medio de la miseria humana el Dios de la misericordia, también está allí como juez acusador, para los que pasamos al lado de estas lacras sociales sin tender nuestras manos en ayuda. No la ayuda de la caridad fortuita, que tranquiliza nuestra conciencia sin mucho menoscabo de nuestro bolsillo. No, ya hemos visto que la beneficencia sola no levanta el nivel humano de estos seres. Es la acción por construir un país equilibrado política, social y económicamente. Y Dios nos pide que enseñemos sus leyes morales, que elevemos a la sociedad a un nivel moral digno del hombre, que ha sido creado a su imagen y semejanza. Pero, ¿Cómo pueden ser estos seres, que vi-

ven así, permeables a las enseñanzas morales, si ven desde niños, con naturalidad, toda clase de costumbres contrarias a la moral? De estas viviendas inadecuadas, donde se hacían niños y personas mayores, donde se aprende tempranamente los aspectos más íntimos de la vida y cuantas veces no sólo íntimos, sino ruines por el tipo de relaciones salen los futuros delincuentes, los que parecen no distinguir entre el bien y el mal, porque el mal ha sido el pan nuestro de cada día para ellos. Y no distinguir entre el bien y el mal es carecer de Dios. Estos seres que viven así tienen hambre de Dios.

Hemos visto, pues, cómo la vivienda tiene su posición ineludible en este cuadro de la triple hambre. Yo no he dado cifras, que otros las den. No se necesitan cifras para ver; volvamos la mirada en torno nuestro, allí están esos cerros, ese cinturón de miseria de nuestras ciudades. Sabemos que hay muchos que viven en esos ranchos cuyas entradas económicas podrían permitirles vivir en una casa mejor; es cierto, algunos tienen más dinero del que parece, quizá no tienen propiamente hambre de pan y ese dinero les da para tener un moderno aparato de televisión y hasta automóvil. Pero tienen hambre de cultura y de Dios. No saben, no han aprendido a conocer el valor de la vivienda adecuada para el desenvolvimiento de su vida y la de sus hijos. No tienen aspiraciones de mejorar. ¿Por qué? Porque nadie les ha enseñado. Ellos mismos ignoran que tienen hambre de cultura y de Dios. Y esta ignorancia no es una ayuda. Alguien podría decirnos: "ojos que no ven, corazón que no siente"... No, porque de esta ignorancia salen los seres negativos para la sociedad. Todo el que no tiene ansias de superación es incapaz de construir una nación, de incorporarse a la marcha del progreso.

Hambre de pan,
Hambre de cultura
y Hambre de Dios.

Tomemos conciencia de estas tres hambres que padece la humanidad y empecemos a actuar.